



Boletín mensual ilustrado. — Director-propietario: D. SALVADOR CASTELLÓ Y CARRERAS

Revista premiada con Diploma de Honor y Medalla de Plata en la Exposición Internacional de Avicultura de Bruselas (1897)
y de Oro en la Internacional de Madrid (1902)

Órgano oficial de la Real Escuela de Avicultura y de la "Sociedad Nacional de Avicultores Españoles"

España, al año, 8 pesetas



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
DIPUTACIÓN, 301; BARCELONA



Extranjero, 10 pesetas

Año XI

Septiembre de 1906

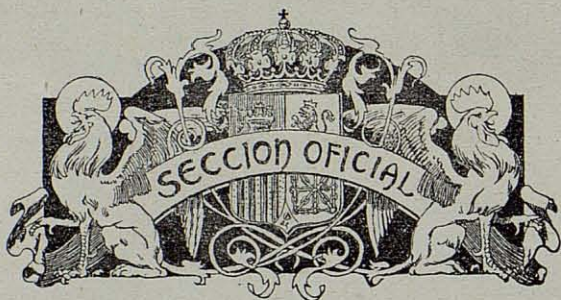
Núm. 122



DE LA COLECCIÓN DE TARJETAS POSTALES DE LA REAL ESCUELA DE AVICULTURA DE ARENYS DE MAR

SUMARIO

SECCIÓN OFICIAL: LA AVICULTURA PRÁCTICA á sus suscriptores. — Gallinas Orpington, por Salvador Castelló. — Los Cisnes ó Cygnidos, por X. — AMENIDADES: Destrucción de los animales dañinos, por V. de la Perre de Roo. — Memorias de un Palomero, por Salvador Castelló y Carreras.



La Avicultura Práctica

á sus suscriptores

CUARTO SORTEO DE AVES Y ANIMALES DE CORRAL, ORGANIZADO POR «LA AVICULTURA PRÁCTICA», Á FAVOR DE SUS SUSCRIPTORES Y CORRESPONDIENTE AL AÑO 1906.

ACTA DEL SORTEO

Los que suscriben, reunidos en la Real Escuela de Avicultura de Arenys de Mar, certifican que con esta fecha han procedido al sorteo de los tres lotes de aves y animales de corral dedicados por LA AVICULTURA PRÁCTICA á sus suscriptores, habiendo resultado agraciados los siguientes números:

| | |
|------------------------------------|------|
| Para el 1. ^{er} lote, n.º | 1312 |
| » » 2.º » » | 692 |
| » » 3. ^{er} » » | 251 |

Los números respectivamente favorecidos, para el caso de que algunos de los señores poseedores de los primeros no reclamare el lote á él correspondiente, han sido los siguientes: **523, 1600 y 580.**

Arenys de Mar 15 de septiembre de 1906.

El Director

SALVADOR CASTELLÓ

El Administrador

DOMINGO MASSUET

El Secretario

FELIPE FERRER

NOTA. — Los señores agraciados, si se hallan corrientes de pago, deberán enviar sus respectivos cupones á la Administración del periódico antes del día 1.º del próximo enero, después de cuya fecha quedarán sin derecho á reclamación.



Gallinas Orpington

Incidentalmente, y siempre algo á la ligera, hemos citado á esas aves tan celebradas en el mundo entero y que hasta hace poco eran casi desconocidas en España.

Hora es ya de que las demos á conocer á nuestros lectores con verdadera detención, no sólo por ser de las que podemos llamar relativamente nuevas, si que también porque en su *fabricación* (permítasenos la palabra) se revela lo que puede la constancia y el saber de un hombre que dedica en absoluto su existencia á una sola cosa, y que con fe ciega en el resultado, trabaja seguro del éxito, hasta ver completamente realizadas sus esperanzas en bien propio y de sus semejantes.

Treinta años ha, allá por los de 1876, vivía en una granja de Kent (Inglaterra) el avicultor ilustre, William Cook, creador de la raza que nos ocupa, y cuyo nombre perdurará en los anales de Avicultura, siempre unido al de las Orpington, por él legadas á la posteridad.

Cook, de larga fecha criador distinguido y hombre práctico en la crianza y selección de las razas en aquella época conocidas, tenía en sus corrales, entre más de 3,000 gallinas, hermosos Langshans de lustroso plumaje, Minorcas de gran talla, productoras de huevos extraordinariamente grandes; Plymouth Rocks, altamente ponedoras; Cochinchinas, Dorkings, Hamburgos y otras razas cuyas cualidades y defectos estudió á conciencia hasta poder formular conclusiones de carácter eminentemente práctico.

Así fué como un día debió decirse: «Buenas son las Langshans por su exquisita y abundante carne, *pero dan el huevo pequeño y rojo*; eso es un defecto que debiera evitárseles».

«Excelentes son mis Minorcas, por sus grandes y hermosos huevos, *pero su carne no es muy abundante, tiene bastante hueso y no toman muy bien el cebo*».

«Notables son las Plymouth Rook, por su gran puesta, *pero el color amarillento de su carne las perjudica á pesar de su hermosa talla*».

«¡Qué feliz sería (debió añadir Cook á sus consideraciones) si lograrse obtener una raza *de tanta ó mayor postura que las Plymouth, productora de huevos tan hermosos como los de las Minorcas y de carne tan abundante y exquisita como la de las Langshans!*»

Y entre sueños debió verla, guiado por aquella clarividencia que da al hombre bien conocedor de un asunto cualquiera, toda cosa que con él se relacione.

Si al escultor se le da barro y los útiles para trabajarlo, cierra los ojos, vislumbra su nueva creación, pone manos á la obra y os la presenta tal cual la vió en su mente; pues bien, esto hizo William Cook: *pensó, vió y creó*.

Tomando un gallo Minorca, de poca cresta y buena talla, dióle á unas gallinas Plimouth que entre las barreadas, listadas ó cucas, como en España y Francia las llamamos, habían salido negras, sin duda por algún efecto de atavismo.

Observadas éstas, notó que cada una de ellas le había dado 40 huevos más en un año que las Plimouth cucas de su misma procedencia, y además, que entre las nacidas en los mismos días, esas Plimouth negras habían empezado á poner seis semanas antes. De ahí que queriendo sostenerles la calidad de ponedoras, les diera el gallo Minorca para sumarles elemento negro que les perpetuara el color.

Del cruce obtuviéronse gallinas excelentes, pero que Cook juzgó algo pequeñas y de carne aun perfeccionable; dióles gallos Langshans, escogidos entre los de pata más corta y menos emplumada, y obtuvo un nuevo tipo, casi tal como él lo había soñado.

Desde aquel momento todo se redujo á fijarlo, haciendo desaparecer todo vestigio de plumas en las patas, siempre signo de la pequeñez y coloración del huevo, unificando la estructura de las crestas, la coloración del plumaje, la forma de las orejillas, de las barbillas, color del pico, las líneas generales, etc., para lo cual se tardaron nada menos que *nueve años*, después de los cuales William Cook libró al público su nueva raza, á la que dió el nombre de *Orpington*, por ser este el nombre de la ciudad cercana al sitio en que tenía establecido su criadero.

El nuevo tipo respondía á los siguientes caracteres:

Gallo.—Cabeza pequeña, bonita y bastante desarrollada en su parte superior y siempre tiesa. — Pico negro, fuerte y bien arqueado. — Ojo negro con su margen saliente brillante, é inteligente. — Cresta sencilla ó de fresa, según la variedad, pues como se tomaron Langshans de ambos tipos, se obtuvieron dos variedades. — Orejillas rojas de mediano tamaño y algo alargadas. — Cara roja. Barbillas de mediano desarrollo y redondeadas. — Cuello graciosamente arqueado y con muceta bien provista de plumas. — El pecho era ancho y saliente. — Hombros anchos. — Dorso ancho también y corto. — Rabadilla algo levantada y provista de nutrido llorón. — Alas bien formadas y ceñidas al cuerpo. — Piel fina y blanca. — Carne blanca y fina. — Cola regular y airosa, bien inclinada hacia atrás. — Piernas y pies de finos muslos y tarsos cortos y fuertes, con cuatro dedos bien separados y de coloración negra. — Formas dobles y graciosas. — Gran tamaño, oscilando los adultos entre 9 y 10 libras. — Plumaje negro con reflejos verdosos y tupido.

Gallina.—Cabeza y cuello como en el gallo, así como el pecho, dorso y alas. — Cola mediana, bien sostenida hacia arriba. — Las formas generales, piernas, pies, carne y plumaje igual que el gallo, pesando adultas de 7 á 8 libras.

La puesta de las gallinas Orpington obtenidas por Cook no bajaba de 200 huevos anuales, siendo su color blanco, y su tamaño enorme.

Como se comprenderá, el inteligente avicultor había sacrificado diez años de su vida en labor tan útil y sería, pero podía sentirse orgulloso del éxito alcanzado.

Inútil es decir los elevados precios á que se venderían los primeros ejemplares, precio que aumentó cuando, habiendo adquirido algunas de esas aves la Reina Victoria, como es sabido gran aficionada á la crianza de aves de corral, se declaró firme partidaria de ellas y se hacía llevar huevos de tales gallinas para su especial consumo, por lejos que se hallara.

Aun hoy se pagan á precios exorbitantes, pues en los Estados Unidos, donde las gallinas Orpingtons han adquirido extraordinaria celebridad, se han llegado á pagar hasta 1,000 dollars por un gallo, contándose por docenas los que se venden de 400 á 700 y no pudiendo adquirirse lotes de un gallo y diez gallinas, tipos selectos, por menos de 75 á 100 dollars el lote.

Consecuencia de ello fué la fortuna del sabio William Cook, que, sintiéndose viejo, encomendó á sus hijos no cesaran en el negocio, les asoció al mismo, y bajo el nombre de «William Cook and sons» (Guillermo Cook é hijos) fundó como sucursales de su criadero de Kent, otros dos: uno en el Estado de New Jersey (Estados Unidos) y otro en Australia, al frente de los cuales colocó á sus dos hijos menores, quedando á su lado en el establecimiento madre el mayor.

Yo he visitado los de Kent y New Jersey, y aun los recuerdo con fruición. Ningún obstáculo se presentó para visitar el primero, pues me llevó el ferrocarril y luego un carruaje cómodo y con buena caballería. No me ocurrió así en el segundo, situado á 20 millas de New York, desde donde embarqué para New Jersey, y después de recorrer en ese Estado más de diez kilómetros en tranvía eléctrico, tuve que engolfarme á pie entre los bosques de *Scotch Plains*, perdiéndome cien veces y llegando por fin al término de mi viaje, donde no me arrepentí de las fatigas sufridas.

Los hijos de Cook prosiguen hoy la labor de su padre, y cumplen con provecho el ofrecimiento que le hicieron, y del cual sacan pingües beneficios. Basta decir que en los Estados Unidos venden aún los huevos de sus gallinas á 10 dollars la docena, y en Inglaterra á 1 libra esterlina, en primavera, y á 12 chelines en verano y otoño, que es cuando, por no ser los gérmenes tan vigorosos, los ceden más baratos.

Yo siéntome gozoso al contar actualmente en mis criaderos de la granja Paraíso con algunos buenos ejemplares procedentes directamente de los criaderos de Cook por medio de huevos que dieron tipos superiores y hasta haber reproducido los que creo necesarios para dar productos á la venta en buenas condiciones; no me desprendería de ellos ni de los huevos que me den en la próxima campaña á peso de oro.

Mas, prosigamos ocupándonos en la noble empresa de Cook, y veamos cómo, no queriendo dormirse sobre sus laureles, continuó su trabajo.

Obtenido el primer tipo de Orpingtons negras (*Black Orpingtons*) en sus dos variedades, de cresta doble y sencilla, el infatigable avicultor creyó posible producir nuevos tipos con distintas coloraciones; se lanzó á la empresa y logró producir otras ocho variedades, en cuya *fabricación* (sigase permitiéndonos la frase), á cual más hermosa, tuvo que poner en juego nuevos elementos y sangres verdaderamente distintas.

Júzguelas el lector por sí mismo:

ORPINGTONS BLANCAS (*White Orpingtons*).—Comenzaron á trabajarse en 1880 para contentar á los poco amantes del color negro.

Empleáronse para obtenerlas, Minorcas, Langshans y Dorkings blancos, haciéndose luego desaparecer por selección las plumas en las patas y uno de los cinco dedos que por atavismo legaba á la descendencia la sangre Dorking, lográndose lo apetecido y dándose á la venta en 1889.

Como se emplearon Langshans y Dorkings, de cresta sencilla y doble ó de fresa, quedaron al mismo tiempo bien fijadas otras dos variedades.

ORPINGTONS LEONADAS (*Buff Orpingtons*).—Esa ha sido una de las variedades más apreciadas, sobre todo en América. Con gallos Hamburgo dorados, cubriéronse gallinas Dorking, oscuras, y las gallinas producto de este primer cruce se dieron á gallos Cochinchinos leonados. La selección hizo lo demás, pero á los conocedores de las razas les será fácil apreciar el trabajo que luego daría unificar el tipo por la selección, haciendo desaparecer las plumas en las patas del elemento cochinchino, el quinto dedo de los Dorkings y la coloración de éstos y de los Hamburgos.

Ese nuevo tipo, también con sus dos variedades de cresta doble y sencilla, lo dió á conocer su creador en 1904, teniendo un contingente de 2,000 ejemplares para hacer frente á los pedidos del mundo avícola, que aguardaba impaciente la aparición de la nueva variedad.

ORPINGTONS DEL ANIVERSARIO (*Jubilee Orpingtons*).—De color negro verdoso con tonos rojos metálicos, mosqueado de blanco, y con reflejos rojizos. Aparecieron en el año de 1897, cuando Inglaterra celebraba el quinquagésimo aniversario del reinado de Victoria I, á la que el que bien puede llamarse padre de las Orpingtons, regaló un espléndido lote que la Augusta Soberana acogió con gran alegría, colocándolas en sus corrales en sitio de preferencia.

Empleáronse los mismos elementos que en la variedad anterior, pero substituyendo el Dorking blanco por el mosqueado, que es muy poco común.

La variedad de cresta sencilla es más apreciada que la que la tiene doble, pues los gallos de larga cola parecen faisanes por la belleza de su plumaje.

ORPINGTONS MOSQUEADOS (*Spangled Orpingtons*).

Se produjo casi en la misma época que la variedad anterior, y después de ocho años de incesantes trabajos. Diéronse para ello Dorkings negros á gallinas Plimouth Rook cucas, de cuya mezcla se obtuvieron gallinas negras, á las que dió gallos Hamburgo plateados. En un principio el color resultó poco uniforme, pero la selección hizo lo demás.

He aquí cómo se produjeron esas cinco coloraciones, que con las dos clases de cresta forman las *diez variedades* hoy conocidas.

Al poco tiempo de saberse su existencia, los avicultores norteamericanos, australianos y de la India agobiaron con sus pedidos al autor, que realizó enormes beneficios, asegurando su porvenir y el de sus hijos. Por su parte el Gobierno distribuyó entre las comarcas agrícolas gran número de estas aves, y si en Europa, excepción hecha del Reino Unido, han tardado tanto en conocerse, es, en primer lugar porque los criadores no se resignaban á pagar precios tan crecidos, y han esperado á poderlos adquirir de segunda mano, ó á que los hijos de William Cook los vendieran más baratos, y en segundo lugar á lo poco que se lee el inglés entre los avicultores latinos, para los que la lengua es poco fácil y menos grata.

Para terminar, añadiré en alabanza de la raza Orpington, que ofrece una resistencia grande á las enfermedades y se aclimata tan fácilmente que se hace posible y ventajosa su cría, así en el África del Sur, como en las frías comarcas agrícolas del Canadá, por esto creo será de grandes rendimientos en España, donde no se nos aclimatan otros muy excelentes.

Ante la obra colosal de William Cook todos debemos inclinarnos, estimulándonos con su ejemplo: ¡qué somos, infelices de nosotros, ante tanta constancia y tamaña inteligencia!...

SALVADOR CASTELLÓ

Los Cisnes ó Cygnidos

CARACTERES GENERALES.—Los cisnes se distinguen de las demás palmípedas por la longitud de su cuello y por el volumen de su cuerpo; el pico es generalmente más largo que la cabeza, presentando en su parte superior una protuberancia que llega á su mayor desarrollo en el período del celo. El plumaje es sumamente tupido; las alas grandes y fuertes, y la cola, corta y redondeada en su terminación, la forman unas 18 á 20 plumas. Las piernas son cortas y las patas van colocadas un poco atrás del centro del cuerpo.

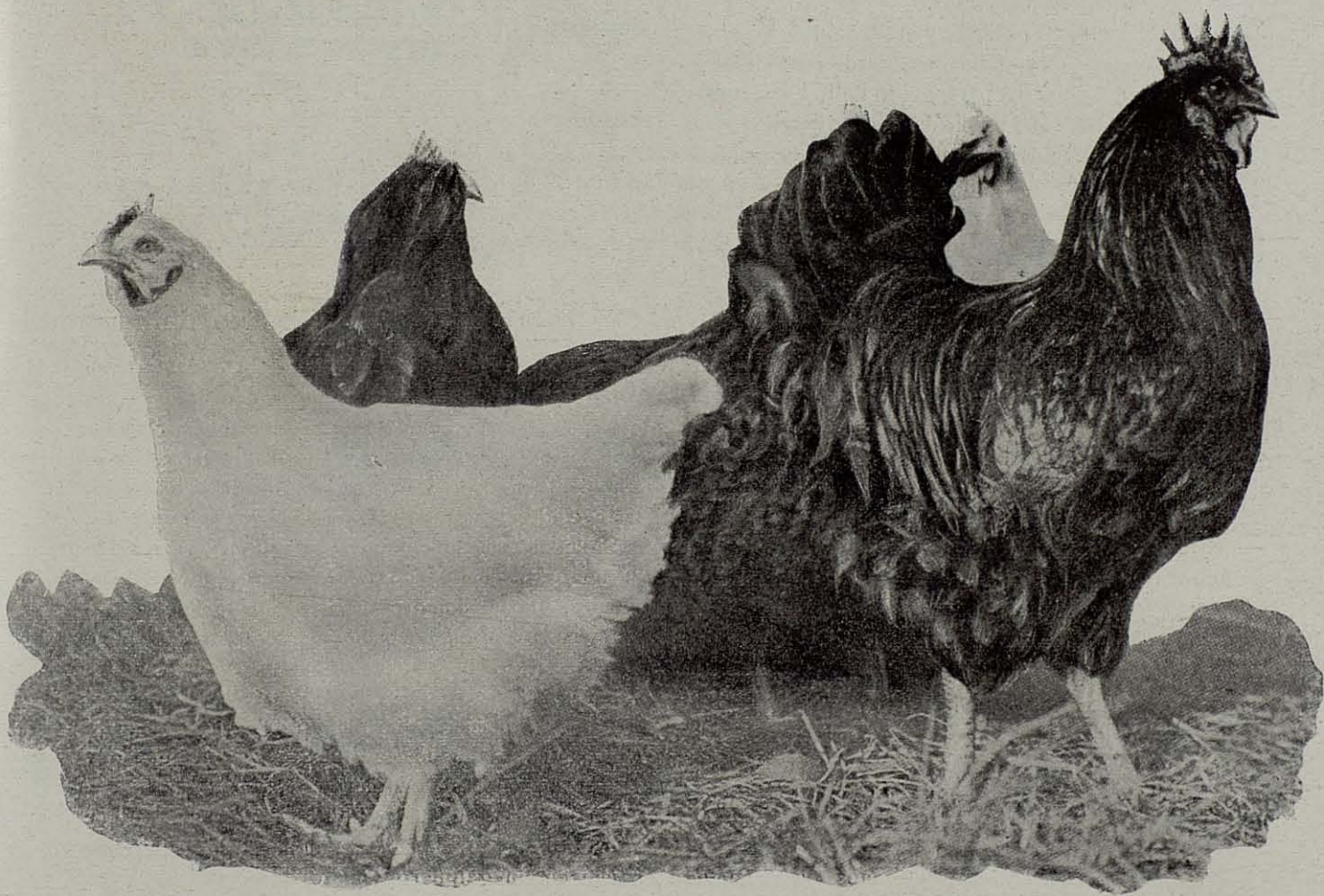
DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA.—A excepción de las regiones tropicales, estas hermosas aves se encuentran en casi todos los países, pero abundan mas en las comarcas frías y aun en las zonas templadas.

EMIGRACIONES. — Al principio de la primavera los cisnes abandonan los parajes en que pasaron el invierno, y parten en bandadas numerosas en busca de algún lago ó pantano en países más fríos, donde se instalan para llevar á cabo sus crías.

NIDO. — Para construir un nido, que pueda flotar en caso de inundación, escogen un islote ó un rin-

migo que podrían presentarse, siendo éstos muy numerosos: zorras, lobos, osos, águilas, sin contar el más terrible de todos, el hombre, que busca implacable al cisne, para aprovecharse de su carne y de su plumaje.

La hembra no abandona á sus hijuelos hasta el momento en que ya no tienen necesidad de sus



Gallo y gallinas Orpington blancas y negras, de procedencia Cook

cón oculto por matorrales ó plantas acuáticas, situadas á la orilla del agua.

PUESTA. — En este nido, cuidadosamente tapizado con plumón, la hembra pone de seis á ocho huevos grandes, de cascarón fuerte.

INCUBACIÓN. — La incubación dura de cuarenta á cuarenta y cinco días, y durante ese período la pareja se turna para el cuidado de su nido, porque el macho es un marido modelo, monógamo, como la mayor parte de las palmípedas en estado salvaje, y que permanece siempre fiel á su compañera hasta la muerte.

Los polluelos nacen recubiertos de un tupido vellón, y al día siguiente al de su eclosión son conducidos al agua por sus padres. Durante la noche se refugian bajo las alas de la madre, en tanto que el macho ejerce una atenta vigilancia contra los ene-

cuidados y están completamente revestidos con su plumaje. Desde este momento parecen no conocerse ya; los padres y los hijos van cada cual por su lado.

COSTUMBRES. — El carácter de los cisnes no es de lo más sociable.

En el período del celo los machos libran entre sí combates, á menudo mortales, y si en tiempo ordinario son menos irascibles, no pueden soportar la vecindad de otros animales, no escatimando sus fuerzas para desembarazarse de los intrusos que se aventuran en los parajes que han escogido para su vivienda.

Pasado el celo, abandonan los lagos y pantanos para dirigirse al mar, donde viven en grupos de unos diez individuos.

El agua es incontestablemente su elemento, y rara vez se les encuentra en tierra, en donde su marcha

es pesada, lenta y penosa; su vuelo, cuya iniciación es difícil, es después muy rápido, pudiendo sostenerlo por mucho tiempo, empleándolo tan sólo en sus largos viajes para cambio de residencia al atravesar regiones privadas de corriente de agua que puedan servirles de camino.

ALIMENTACIÓN.—El alimento de los cisnes es muy variado, consistiendo en hojas, raíces, granos, guisanos, crustáceos é insectos.

PRODUCTO.—El plumaje y el plumón de los cisnes son muy buscados y estimados, por lo cual en las comarcas que habita es perseguido de todas maneras.

CAZA.—Barcas impulsadas por vigorosos remeros luchan en velocidad con estos rápidos nadadores, forzándolos á emprender el vuelo para poder hacer blanco en ellos con mayor facilidad ó para abatirlos á golpes de remos, si por consecuencia de la muda no pudiesen emprender el vuelo.

Grandes cordeles provistos de ganchos con trozos de carne y tendidos en los lagos que frecuentan permiten algunas veces ampararse de ellos, cuando se logra cogerles en el engaño...

Todas las astucias y estratagemas posibles son necesarias para operar una caza fructuosa, pues el cisne, siempre desconfiado y astuto, se deja aproximar difícilmente.

CAUTIVIDAD.—Casi todas las variedades llegan á habituarse al cautiverio, reproduciéndose en este estado fácilmente, pero necesitan, por regla general, un estanque de agua de regulares dimensiones.

Debe proveerse abundantemente á su alimentación, á la que son poco difíciles, aceptando con gusto casi toda clase de alimentos: restos de legumbres, mendrugos de pan, granos diversos, maíz, trigo y harinas de varias clases.

Como los que viven en estado salvaje, el cisne doméstico es monógamo.

A los dos años, poco más ó menos, busca compañera y anida en seguida en algún matorral ó rincón oculto, muy cerca del agua. El nido está groseramente construido con ramas y hierbas acuáticas, pero el interior está cubierto por un plumón fino y sedoso.

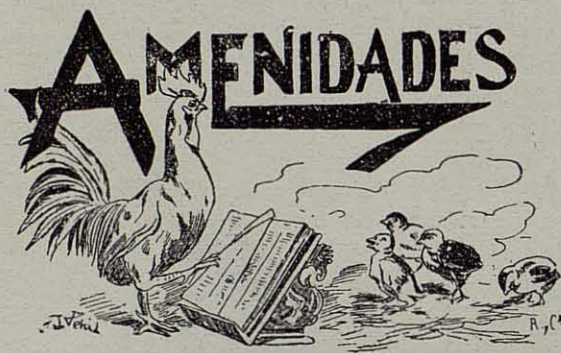
Una vez verificada la puesta, de seis huevos ordinariamente, la hembra se pone á cubrirlos con toda asiduidad, en tanto que el macho permanece alerta cerca del nido para defender á su compañera y resguardarla, valiéndose, para defenderse, de su fuerte y vigoroso pico, y sobre todo de los aletazos que, dados con furia, son muy de temer, pues pueden fácilmente romper un miembro al imprudente que se aproxima.

La madre, después de la eclosión, lleva á sus hijuelos al agua. Cuando se les ve ahí, hay que arrojarles algunos granos, sobre todo avena, á la que se aficianan particularmente.

LONGEVIDAD.—Los cisnes son animales de larga vida. Se asegura que existen cisnes que han vivido más de cien años.

En los siguientes números daremos á conocer las principales variedades de esas hermosas palmípedas, principal ornamento de los mejores parques y jardines.

X.



Destrucción de los animales dañinos

Cuando la cría se practica en pleno campo, en propiedad que no está rodeada de muros de cerca, el granjero no tiene que luchar solamente contra las enfermedades diversas que diezman sus polladas, sino también contra las zorras, los hurones, los gatos, las aves de presa, etc., etc., que diezman sus crías.

Si las enfermedades son fáciles de prevenir, no lo es menos prevenirse contra los merodeadores nocturnos, que al amparo de las tinieblas de la noche destruyen en pocos momentos polladas enteras y el fruto de toda una temporada de cuidados y penas.

La zorra necesita diariamente una pieza de caza para satisfacer sus necesidades. Una garduña que se introduzca en un gallinero, matará en una noche cincuenta aves jóvenes y adultas. Yo recuerdo que en casa de mi abuelo, una garduña se introdujo una noche en un gallinero y mató doce gallinas y dos gallos. Las urracas, durante la época de las crías, destruyen con frecuencia polladas enteras de perdices, polluelos y patos, con los cuales alimentan á sus pequeños.

Para luchar con resultado contra los saqueos de estos enemigos tan astutos como temibles, el agricultor está obligado á responder á la astucia con la astucia, recurrir al veneno y esparcir adrede toda clase de trampas, en las cuales no siempre se dejan coger, sobre todo si no están bien preparadas.

Para venir en ayuda del criador, cuya propiedad está infectada de estos terribles merodeadores, vamos á indicar aquí los medios que nos parecen más prácticos para destruirlos.

Manera de destruir los gatos

De todos los animales domésticos es el más bonito, el más gracioso y el que por sus agasajos y su belleza gusta más.

El gato es también muy útil para destruir los ratones y las ratas, librándonos de gran número de sa-

queadores que atacan nuestras provisiones y nuestros muebles, y que ni aun respetan nuestras bibliotecas, nuestros cuadros y vestidos. Pero, si bien el felino doméstico tiene muchas y muy buenas y preciosas cualidades, aun sin ser enemigo suyo reconozco merece castigo por sus viles defectos y sus vicios.

El gato es uno de los más terribles enemigos del criador, pues gusta mucho de la carne de polluelo, á los que degüella y come con avidez, así como á los pichones. Un año, un gato muy grande, abandonado por sus dueños, se introdujo en mi gallinero y devoró en él dos patos mandarines ya adultos.

En el Jardín de Aclimatación de París, donde con sus saqueos estos merodeadores nocturnos no cesan de pecar, siendo tan numerosos como malos, se ha tenido que recurrir, desde hace mucho tiempo, al veneno y á las trampas para desembarazarse de ellos.

Pero volvamos á nuestros medios de librarnos de tales rateros, azote de corrales y gallineros. Los lazos de hilo de latón, generalmente dan buenos resultados. Para emplearlos se colocan pequeños pedazos de carne alrededor, y sobre todo en cada uno de los lados formados por el anillo de cobre y para evitar que el más desconfiado de los animales, dé la vuelta alrededor de la ballesta ó trampa, más bien que pasar la cabeza por dentro; se coloca delante del cebo una piedra, de manera que le sea más fácil tomarlo pasando la cabeza por el nudo corredizo ó lazo, que dando la vuelta á su alrededor.

Las bolitas envenenadas con estricnina, no dan mal resultado tampoco.

Un buen fox-terrier que ataque á los gatos y ratones con verdadero encarnizamiento, privará también las hazañas malditas de los merodeadores nocturnos; pero no hay que fiarse mucho de ellos, pues muchos terriers atacan también á las aves y son tan temibles en un corral como puedan serlo los gatos, sobre todo durante la noche.

Manera de destruir las zorras

Para destruir á estos terribles devastadores de nuestros gallineros y corrales, se ha tenido que recurrir igualmente á toda clase de lazos y engaños; pero de todos los medios empleados para librarse de las zorras, garduñas, tejones, hurones y otros enemigos que en el campo son el terror del criador, las bolas ó cebos envenenados se consideran como los más prácticos. En efecto, es más fácil recoger cada mañana las que no han sido devoradas, para evitar todo accidente, que no extender lazos y trampas, tarea larga para ponerlas en su sitio por la noche, mientras que las bolillas basta con dejarlas caer: además, estos animales, tan astutos como desconfiados, se burlan considerablemente de las trampas. Algunas veces presienten el veneno, pero si la noche ha sido mala, vuelven á él y extenuados por el hambre, hincan el diente al trozo de carne ó la bolita, que es su última comida.

Los malos resultados comprobados hasta ahora del empleo de las bolillas envenenadas, provienen sobre todo de la manera de prepararlas, y de la falta de cuidados tomados en su colocación.

Las siguientes observaciones proceden de una persona que ha experimentado el caso durante mucho tiempo.

MEZCLA PARA RASTROS DE ZORRA

500 gramos de grasa de cerdo macho.

15 » » alholva pulverizado.

15 » » alcanfor pulverizado.

15 » » aceite de anís.

15 » » iris de Florencia.

125 » » buena miel.

PREPARACIÓN. — Hágase fundir la grasa de cerdo en una cazuela de barro nueva barnizada, y añádanse dos cebollas blancas cortadas en pedazos, retirándolas después de cocidas.

Pónganse entonces los demás ingredientes á excepción del aceite de anís, removiéndolos hasta que la mezcla empieza á tomar un poco de consistencia; después échese el aceite de anís.

MODO DE EMPLEARLO. — Para cada cebo háganse fundir cincuenta gramos de manteca sin sal en una cazuela de barro nueva, y tan pronto ésta está bien derretida añádase como una cucharada de la mezcla arriba indicada, más un polvito de alcanfor pulverizado.

Después de hacer freír en la grasa en ebullición un poco de corteza de pan, retírese y póngase en una caja de hoja de lata.

Cuando la grasa empieza á enfriarse, mójese en ella sea un pedazo de carne de ternera ó vísceras de conejo, liebre ó carnero, así como el cordelito que deba servir para hacer el rastro, al objeto de mejor conducir el animal al punto en que se halle la bola.

Déjese luego hervir el todo durante diez ó doce minutos y después retírese, métase en un saco ó bolsa de tela que no debe haber servido nunca, ni debe servir jamás para nada que no sea para este objeto.

Puede también tomarse como cebo ú objeto para atraer al animal, los polluelos ú otras aves muertas desde muchos días ó bien pequeños pedazos de grasa é introduciéndolos por medio de una incisión ó por el pico, si es con aves, un decigramo de estricnina por cada reclamo, se tendrá también un buen medio de destrucción; pero anticipadamente es preciso haber mojado éstos en la consabida grasa y no tocarlos más que enguantado y con los guantes untados también en la misma grasa, sin lo cual las zorras no los tocarían tan siquiera.

La persona encargada de hacer este rastro ó reguero debe llevar igualmente las suelas de los zapatos empapadas en la grasa y envolver sus piernas hasta las rodillas con paja de heno y andar siempre cortando el terreno en sentido oblicuo á la dirección que suelen tomar las zorras, dejando caer tras sí vísceras ó trozos de ternera, llevando cada una un

trozo de cordel untado de grasa, y á cada tres ó cuatro metros, una de las cortezas de pan ya preparado. En el extremo del recorrido, se colocará á derecha é izquierda, á un metro aproximadamente del fin del reguero, dos cebos envenenados y luego se vuelve exactamente sobre sus pasos y en el otro extremo se colocan igualmente otros dos. Al borde de los terrenos visitados, colócanse algunos pedazos de grasa no envenenados, pero llevando en su interior y en sitio bien profundo dos pedazos con estrignina. Siendo éste uno de los venenos más activos, es indispensable contar exactamente los atractivos ó engaños colocados por la noche y retirar por la mañana los que no han sido comidos, al objeto de que no puedan comerlos los pájaros, conejos y otros animales de caza. Con las antedichas precauciones se pueden llegar á exterminar por completo cuantas zorras haya en una propiedad, por grande que sea.

Manera de destruir las ratas y ratones

Ved ahí una manera de librarse prontamente de estos roedores. La hemos visto practicar con resultado en el Museo de Historia Natural de París. Se tapan todas las entradas de los agujeros, sea con hierba seca ó tierra, luego se coge un pequeño tubo de plomo, cuya entrada superior está ensanchada en forma de embudo; se introduce sucesivamente en cada uno de los agujeros tapados de manera que el aire no pueda penetrar, vertiendo en el tubo un poco de sulfuro de carbono. Esta substancia que es líquida, cae en el agujero y no tarda en volatilizarse, de manera que el vapor que se produce, penetra hasta en los menores intersticios y determina sobre todos los ratones que se encuentran en él una hinchazón bastante parecida á la que produce el cloroformo, y que siempre en muy poco tiempo va seguida de la muerte.

Con la ayuda de este procedimiento tan sencillo, se ha podido destruir en el Museo cantidades considerables de ratones.

Este procedimiento fué también empleado recientemente en la casa de fieras del Jardín de Plantas. Una cabaña ocupada por animales fué invadida por los ratones que abrieron en el suelo numerosas galerías.

Después del empleo del sulfuro de carbono, en la forma indicada, se abrió el suelo y se encontraron ciento ocho ratones asfixiados.

Este sistema es lento, pero muy recomendable: 1.º, porque el sulfuro de carbono no llega á molestar al hombre que lo emplea en tal forma al operarlo. 2.º, que esta substancia, que se vende generalmente, á bajo precio (comprándola al por mayor, se paga á ochenta y cinco céntimos de franco el kilo), como se necesitan, aproximadamente, cincuenta ó sesenta gramos, si las galerías son muy numerosas y profundas, resulta un gasto de cuatro á seis céntimos, aproximadamente, por cada operación, es decir, un gasto insignificante.

No son solamente los ratones los animales que se pueden destruir con este procedimiento, sino también todos los animales que tienen sus madrigueras en tierra como los topes, las ratas, y aun las mismas zorras.

Segunda manera de destruir las ratas y ratones

Cójanse dos vasijas que se llenan poco más ó menos hasta la mitad, una de harina y otra de agua, y colóquense durante la noche al paso de los ratones. Estos se apresuran á comer y beber, avisando prontamente á sus amigos que se les ha preparado tan succulento banquete, pero luego viene la segunda parte.

Al siguiente día ó en los siguientes, cuando se note durante una ó dos noches que han acudido muchos comensales, se substituye la harina pura en la primer vasija por una mezcla compuesta de mitad harina y mitad yeso bien tamizado, añadiéndole asimismo, para mayor engaño, un poco de azúcar en polvo; renuévese el agua de la segunda cazuela y duérmase tranquilamente. Todos los ratones que tomen parte en este segundo festín no volverán al siguiente, pues, después de comer bien es preciso beber, y el yeso puesto en contacto con el agua en el estómago del animal, produce en él el mismo efecto que en la gaveta del albañil, el calor del cuerpo aviva la solidificación y resulta de ello un paro de las funciones digestivas, que produce inevitablemente la muerte.

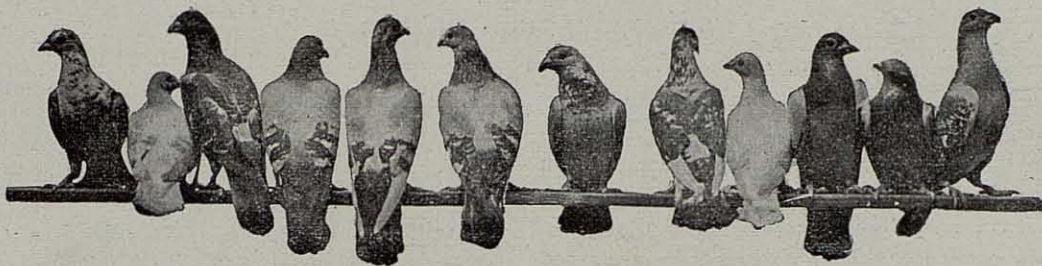
Aun hay otro medio para cazar las ratas y ratones, que todo el mundo puede emplear sin gasto alguno.

El autor de este procedimiento, después de haber ensayado en vano todos los sistemas de trampas, muerte de los ratones y venenos recomendados, cogió un vaso de barro cocido bastante profundo, que llenó en sus tres cuartas partes de agua, puso en ella restos de mijo y alpiste, que flotaban en su superficie, añadió algunos trocitos de madera, de modo que el agua quedase tapada, puso una plancheta estrecha de madera encima del plato á guisa de puente, y retirando cuidadosamente por la tarde todos los restos de alimentos que pudieran quedar en el gallinero, al día siguiente siete ratones se habían ahogado en la cazuela. Añadiremos que es muy esencial no preparar esta trampa hasta por la noche, muy tarde, y quitarla muy de madrugada, pues tal vez algún ave imprudente se cogería en ella.

V. DE LA PERRE DE ROO

(Continuará)





Memorias de un Palomero

POR

SALVADOR CASTELLÓ Y CARRERAS

CAPÍTULO I

De cómo nacieron mis aficiones palomeras

Cuando muy niño, en los años de encerrona en el Colegio, criaba moscas enjauladas, y adolescente me dió por las tórtolas y las ardillas; nada tuvo, pues de particular que, andando el tiempo, siguieran mis aficiones zoológicas y que en las aves concentrara mis estudios é inclinaciones.

Joven aún, casi imberbe, huérfano y mimado por mis tutores, dejé el suelo patrio y pasé á tierra extraña, donde emprendí mis estudios agronómicos, tomando por especialidad la crianza de animales domésticos, esto es, la Zootecnia en sus múltiples y variadas ramas.

La Escuela de Gembloux, á pocos kilómetros de Bruselas, recibió, pues, en sus aulas al vivaracho y revoltoso estudiante español que como ave salida de la jaula revoloteaba gozoso aprovechándose de aquella libertad y hacía su entrada en lo que en esa edad feliz se cree mundo de placeres é ilusiones y que luego resulta de sinsabores y desengaños.

Los estudios fomentaban mis aficiones y el patio de la casuca donde me alojaba, no tardó en parecer un jardín zoológico; tal era el número de bichos que en el mismo criaba. En un rincón y en apropiada jaula una pareja de conejos, en otro un gallinero con algunas aves cuyos huevos formaban la base de mi habitual desayuno, y libre á sus antojos ensuciándolo todo una clueca con su deliciosa prole. Hed aquí mis compañeros de estudios y con los que, en días de penuria, cuando agotados mis estudiantiles recursos no podía recrearme en los encantos de la populosa Bruselas, tenía que contentarme entre las escasas distracciones del lugar. Ellos me tenían compañía y ayudaban á pasar el rato.

Y así transcurrió el invierno, durante el cual los campos siempre cubiertos de nieve apenas si me permitieron recorrerlos; así vi llegar la primavera, que luciendo sus vistosas galas cubrió los campos de flores, alegrando el espacio con el dulce cantar de los pájaros.

Entonces pude recorrer las cercanías de la población y por doquier encontraba á mi paso criadores y aficionados en cuya compañía aprendí cosas que

jamás olvidaré, afianzándose así inclinaciones á las que he debido cuanto he sido y el modesto nombre que en mi tierra y fuera de ella he alcanzado.

Una mañana de esas en que el sol brilla con singular esplendor, domingo del mes de mayo del año de 1881, en que me dirigía al Jardín Botánico de Bruselas para extasiarme en la contemplación de las raras especies allí aclimatadas, vi cruzar el espacio por algunas palomas hacia las que un compacto grupo de hombres y mujeres señalaban y sobre las cuales algo cuchicheaban.

Detuve el paso y escuché oyendo por primera vez mentar á las palomas mensajeras.

Era día de concurso y los colombófilos de Bruselas comenzaban á recibir en aquel momento las primeras palomas que, soltadas al rayar el alba en Orleans, volvían presurosas á sus palomares.

Aun vive en mis recuerdos la impresión que sentí. ¿Era aquello posible?

Hasta entonces yo no ignoraba el portentoso afecto de las palomas al hogar, pero, en verdad, no sabía aún, que al mismo pudieran regresar desde tan larga distancia.

Tenía entonces veinte años, y en aquella edad no se reflexiona y no se teme el ridículo importunando al prójimo. De ahí que no tardara en pegarme á un viejo que me pareció menos uraño que otros curiosos como yo, y de sus labios oí cosas admirables.

Como le dije era español y nada sabía de aquel *sport* al que ellos parecían tan afectos y acostumbrados, me relató que las palomas de Bruselas habían llegado á soltarse en Madrid, en Roma y en Lisboa, regresando á sus palomares después de recorrer más de mil kilómetros, salvando el paso de los Pirineos y de los Alpes.

El buen hombre, viejo aficionado, pareció interesarse por mí al ver la atención con que le oía; aceptó un vaso de cerveza que le ofrecí en el *estaminet* (1) más cercano y allá entre las bocanadas de humo de su enorme pipa y los sabrosos sorbos de

(1) Establecimiento de bebidas.



la clásica bebida, me inició en breves palabras explicándome cuanto él sabía de las palomas mensajeras y de la organización del *sport* colomófilo en aquella tierra, cuna de tales aficiones.

En el *estaminet* hallábase establecida lo que luego supe se llamaba una *oficina de comprobación*, esto es, uno de los lugares á donde debían llevarse las palomas á medida que iban llegando á los palomares, para ser presentadas á un delegado de la Sociedad organizadora, el cual, tomando nota de la hora de llegada, examinando las palomas para cerciorarse por las marcas que se habían impuesto sobre las plumas de sus alas, que eran las mismas que se inscribieron para tomar parte en el Concurso, recogía las tales notas para que, unidas luego con las de sus colegas en otros distritos de la capital se pudiera establecer el *resultado*, previa determinación de la velocidad alcanzada por cada ave.

La llegada de los *coureurs* trayendo á toda velocidad las palomas y los trabajos de revisión y clasificación que el delegado efectuaba en presencia de todos, completaron en poco rato mi primera impresión y aun sin saber nada, ya me sentí *colomófilo* resolviendo concentrar en tan inteligentes aves mis más predilectas aficiones.

Inútil añadir que durante todo el día no pensé más que en mi feliz descubrimiento; quise cambiar impresiones con algunos compañeros de escuela, como yo domingueros en pleno Bruselas, y hallándoles poco propicios á oírme, me resigné á esperar la llegada á Gembloux para ponerme al habla con algún buen *amateur* que me instruyera y diera más amplias y seguras explicaciones.

Jules Detienne, el farmacéutico, casero de Manuel Meléndez, estudiante salvadoreño, tenía palomas. A él me dirigí y con placer supe eran mensajeras. Por él averigüé que el concurso de que le hablaba era de los primeros de la temporada, pues en invierno las palomas permanecen inactivas y en muchas casas encerradas, explicándome por tal circunstancia la causa de haberseme pasado varios meses sin enterarme de cosas para mí tan interesantes.

Pocos días después adquirí el libro del sabio maestro Víctor de la Perre de Roo, y en su lectura pasé ratos deliciosos sintiendo cómo se iba infiltrando en mí ser el amor á esas avecillas.

En el libro del sabio maestro estudié la historia de las palomas mensajeras desde la que soltó Noé en el Arca y que regresó con la simbólica ramita de olivo, y las que sirios, egipcios, griegos y romanos utilizaron en la antigüedad hasta las que se emplearon en el sitio de París por los prusianos.

Supe también que los flamencos, en sus guerras contra las huestes españolas, sirviéronse de las palomas mensajeras para el transporte de despachos, de suerte, que en los siglos XVI y XVII la telegrafía alada era ya conocida de los naturales de aquel país.

Perfeccionándose las castas, allá á fines del siglo XVIII y principios del XIX se creó la raza de palomas belgas tomando primero como base la zuzza ó *bisset* de los franceses, en Bélgica conocidas bajo el nombre walon de *chesturlets* (1), la cual se cruzó con palomas de vuelo comunes y con las *correos* (2) inglesas, obteniéndose dos tipos bien distintos en cuanto á líneas de la cabeza y forma del pico, predominando en la región flamenca (Amberes y Bruselas) las de pico largo y en las provincias walonas (Lieja y Naumur) las de pico corto. Cruzados más adelante ambos tipos, obtúvose el de la paloma mensajera belga actual, que es la que, cuando yo vine á conocerlas, predominaba.

De todo cuanto afecta á la cría y educación de las palomas mensajeras, me enteró el libro del eminente colomófilo y sabio publicista, y con ello me sentí ya capaz para dedicarme á tan interesante *sport*.

Jamás se borrará de mí el recuerdo del cariño con que acogí la primera pareja de mensajeras adquirida en el mercado de palomas que semanalmente se celebra en la incomparable Plaza del Hotel de Ville, de Bruselas, joya arquitectónica que recuerda la dominación y las antiguas glorias españolas.

Eranse un hermoso macho azul de brillante plumaje, esbelto de talle y de vistosos movimientos, y una delicada hembra rodada que respondía á los arrullos de aquél con dulces caricias, siempre vivaracha y juguetona. Una tarde, sobre las tres, hallé á ésta en el nido cobijando el primer fruto de sus amoríos. Un hermoso huevo de color blanco rosado reposaba sobre la ligera capa de esparto que día tras día las amantes aves habían logrado depositar en el fondo de la tosca cazuela que al efecto les dispuse.

Temerosa y altiva, revelóse contra mí al acercarme y propinándome fuertes aletazos en la indiscreta mano con que trataba de separarla, demostrábame su enojo al verme perturbar la paz de que gozaba allanando su tranquila morada.

El iracundo compañero gruñía en tanto allá en un rincón del palomar viniéndose á veces sobre mí en actitud agresiva, hasta que ambos pudieron convenirse de que era moro de paz y que nada debían temer de quien tanto las cuidaba.

Dos días después, un segundo huevo acompañó al primero, y desde aquel momento ni un solo instante dejaron de cubrirlos; el celoso marido desde las once á las dos de la tarde, y su gentil compañera durante las restantes horas del día y de la noche.

El temor de malograr la cría hízome ser menos indiscreto, limitándome, mientras duró la incubación, á observarles de lejos y guardarles toda clase de atenciones.

Quien no ha criado palomas no puede comprender hasta qué punto llega el amor que se profesan esos seres encantadores, bien considerados como símbolo del amor conyugal. Algunos maridos y otras tantas esposas he conocido yo que, de haber sentido afición

(1) De Chestia (castillo), por anidar frecuentemente entre las ruinas de viejos castillos.

(2) Carriers.

por las palomas, su ejemplo les hubiera enmendado ó corregido para el porvenir.

Y llegó el décimoséptimo día por mí anhelado tanto como por ellas, y al penetrar en el palomar hallé en el suelo un cascarón de huevo caído del nido. Perdonen mis lectores la ingenuidad si les confieso que sentí una vivísima impresión; fuíme resuel-

ne, las simpáticas hijas del cafetero que con aquéllas venían guaseándose de mis nuevas aficiones, sin duda porque les robaban los ratos que antes les dedicaba. Como en mi semblante conocieran que algo bueno me ocurría, tuve que darles cuenta del suceso, y en el acto se llenaron los vasos, se bebió á la prosperidad de mi naciente palomar y... á mis



Con él brindaba frecuentemente por nuestro futuro porvenir (pág. 108)

tamente al nidal, y hallé ya nacido un diminuto palomino. El segundo luchaba aún con las angustias del que viene al mundo, tratando de romper la prisión que le oprimía.

Queriendo cerciorarme de que vivía, acerqué el huevo al oído, y percibí el característico ruido producido por los incesantes golpecitos del diminuto pico contra el duro cascarón; lo deslicé pronto y cuidadosamente bajo el plumaje de la desdichada madre que, angustiosa, no me perdía de vista y seguía cobijando al primogénito, corriendo presuroso á casa de mi maestro y de mis amigos á participarlo entre juveniles transportes de alegría.

Mis compañeros, los estudiantes extranjeros, solían reunirse en el «Café Royal», el conocido *estaminet* de la Plaza Saint-Hubert; allá los encontré, como de costumbre, bromeando con Marie y Phiphi-

costas, celebrándose así alegremente el fausto acontecimiento.

.

Los palominos fueron en breve tiempo pichones, y á los cuarenta días de nacidos llegó la hora de darles libertad.

Sepáados de sus padres, que tenían ya nueva cría, fueron colocados en un departamento apropiado, y una mañana, muy temprano, cuando la atmósfera estaba tranquila y el sol comenzaba á enviarnos sus brillantes destellos, me resolví á dejarles abierta la puertecita ó ventanilla de salida, no sin que el corazón dejara de darme mil vuelcos al temor de perderlos.

La hembra, como todas, más curiosa, fué la que primero se arriesgó, y temblando de miedo, paróse

en la tabla, que en forma de repisa daba salida al palomar. Tras ella siguió el inseparable compañero, y juntos permanecieron largo rato, examinando los alrededores, como tratando de darse cuenta del lugar en que se hallaban.

Yo les observaba agazapado en un rincón del patio, conteniendo hasta la respiración para no ahuyentarles; pero ¡oh desdicha! en tan críticos momentos abrióse la ventana contigua al palomar; la imprudente vecina volcó sobre el tejado un cubo de agua, y mis dos pichones, ante tamaña sorpresa, lanzáronse dando tumbos en el espacio, en tanto yo llenaba de imprecaciones á la intrusa.

Los que han pasado por tan dura impresión saben lo que se sufre. ¡Pobrecitos! ¿Volverán?... No, ya no vuelven... por allá pasa uno... calle, se posa... allá va el otro... ¡salvados! Y así fué como al poco rato fueron acercándose al palomar, desde cuya ventana estuve echándoles cañamones al tejado vecino. Sin duda, eso y el haber colocado á la madre en una jaula junto á la ventana les volvió á su regazo, y al cabo de dos horas de inexplicables angustias los tuve en el palomar sanos y salvos.

Desde aquel día, todas las mañanas los solté para que revolotearan en torno de la casa, recreándose en su inexperto vuelo. Así quedaron totalmente *aquerenciados*.

Al cumplir dos meses y medio los llevé un día á las afueras de la población, y después de despedirme de ellos, pues temía no volver á verles, los solté viendo tomaban buen rumbo. Corrí á la casa, y allá estaban. ¿Quién hubiera osado toserme? Efectivamente; me creía en posesión de dos campeones capaces de volver ya de Madrid y aun de Lisboa, sin que fuera obstáculo el paso de nuestras montañas ni la distancia.

Pero en esto tuve que abandonarles algún tanto. Los exámenes se venían encima; preciso era apretar y no perder el tiempo. Luego las vacaciones me llevaron á España y estuve dos meses sin verles.

Cuando regresé, en octubre, hallé cuatro pichones más, ya *aquerenciados* y bien cuidados por Mlle. Hermance, la diligente hija de mi vieja patrona. Con los seis, más los que en invierno se criaron, y los padres que en primavera podrían ya soltarse, me prometí ratos muy agradables al educarles.

El invierno fué muy riguroso y el año nefasto para los estudiantes extranjeros que mal quistos de los belgas internos, en su mayoría palurdos, tuvimos que sufrir algunas vejaciones de las que no tardamos en vengarnos.

Pláceme recordar hoy aquella algarada estudiantil y la activa parte que en la misma tomé.

Desde principios del curso notábamos que algo se tramaba contra nosotros, y al decir nosotros refiriéme á los extranjeros externos, de cuya libertad se hallaban celosos la mayoría de los que, por condición, conducta ó inclinaciones, tenían que estar internos en la escuela, saliendo sólo un par de horas al día para dar un paseo.

Cierta mañana aparecieron en los encerados de las aulas, rótulos que los extranjeros consideramos ofensivos, y en comisión reclamamos ante el director, que nos ofreció poner correctivo; pero como tales hechos se repitieron, resolvimos luego tomarnos la justicia por nuestra mano, á cuyo efecto esperamos la ocasión oportuna, que no tardó en presentarse.

Mis compañeros predilectos eran, entre los extranjeros, los polacos príncipe Zolstenski, Wiganoski, Kosikoski y Skiwinowski; con este último, en especial, me ligaba particular afecto, y con él brindaba frecuentemente por nuestro futuro porvenir. Completaban el registro de extranjeros el italiano Sanni, de elevada estatura; el griego Pappis, el brasileño Tinoco, el chistoso y alegre salvadoreño Meléndez, pupilo de Detienne, mi maestro en Colombofilia; el simpático mejicano Gómez, el estudioso puertorriqueño Fano, el cubanita Collazo, el malagueño Saldoval y el español, y por añadidura catalán, Domingo Call, con quien me unía ya estrecha amistad desde que juntos cursamos en las aulas de Barcelona. Esos formaban el núcleo extranjero, que llevado de juveniles y bélicos instintos, disponíase á vengar las ofensas en la forma que exigieran las circunstancias.

El sábado de Carnaval de 1882, á eso de las once de la noche, alborotaba la pacífica población de Gembloux una grotesca comparsa, formada por un Don Quijote, un Sancho Panza y un Don Miguel de Cervantes, en quien cualquiera hubiera reconocido á Call, tieso el cuello en la típica golilla del inmortal manco de Lepanto, al grueso Meléndez en el tosco traje de Sancho y al autor de estas memorias, enca-

jonado en estrecha armadura de cartón, con lanza y escudo, dispuesto á correr las aventuras del prodigioso caballero de la Mancha.

(Continuará)

